

Psicopatologías Graves en la Infancia

El presente artículo surge por demanda del grupo de *Taller de padres* del Dispositivo de Hospital de Día para niños *El Carretel*, los cuales estaban abocados a la confección de un folletín dirigido a la comunidad. El objetivo que ellos se habían propuesto como actividad del taller era dar a conocer a la comunidad que rodea al niño y a sus familias, cuál es la problemática de sus hijos. La solicitud se centraba en un artículo que explique de manera clara de qué sufren los niños, y el por qué de sus conductas atípicas. Explicar de qué se trata el tan renombrado TGD (Trastorno Generalizado del Desarrollo).

Todo profesional que entienda la perspectiva de la salud mental comunitaria, con una intervención que tienda a modificar las miradas sobre ese niño loco en su familia, barrio, escuela, medios de transporte, redundará en la integración social deseada y en la posibilidad de restablecer ese lazo social fisurado por la patología.

En ese pedido de los padres a que se comprenda qué les pasa a sus hijos, también estaba explícita la demanda de que ellos puedan compartir desde un lenguaje simple, lo que cada terapeuta al interior de una entrevista a padres nos referimos. Motivo por el cual, acompañando al artículo, ellos escribirían sobre la historia de cada uno de sus hijos: sus derroteros, sus angustias, y los progresos logrados.

Los papás me convocaron a la tarea más difícil de mi vida profesional, me refiero a la lucha por los derechos de “nuestros niños locos” que lleva más de veinte años: explicar de qué sufren estos niños. Conocimiento que adquirí de las teorías, de la clínica, de mis maestros de psicoanálisis; pero quienes me enseñaron lo que es el desgarramiento en la imposibilidad del *Ser* fueron mis pacientes.

“Qué no logre engañarte, Graciela!”. Esto era lo expresado sin pronunciar palabra por Sebi cuando sus rasguños lastimaban mi rostro. El engaño sería creer que me atacaba, que era malo. Él solo se defendía de lo que le llegaba de mí y no podía cualificar; se defendía de una realidad que se le desrealizaba a cada paso...

Cómo explicar que son niños sin infancia ya que no pueden apropiarse de lo propio de ella, o habiendo infancia no hay un niño en posición de *Ser* que disponga habitarla. Son niños que no juegan y muchas veces sus “juguetes” favoritos son hornallas calientes, trozos de vidrio, cucharitas o destornilladores... Para ellos son mucho más que objetos, podríamos decir que son prolongaciones de sus propios cuerpos; por ello la desesperación cuando se los intenta sacar o arrebatarse.

Su lenguaje está alterado o carecen de él. La repetición de sonidos o de palabras no se agota, hacen uso y abuso sin sentido de eslogans u oraciones descontextualizadas que otro dijo. Muchos niños presentan ojitos que viendo no miran, risas inmotivadas que no representan alegría y llantos desesperados sin motivos aparentes.

En sus primeros años el trastorno del sueño, los golpes en la cabeza, los aleteos, el hamacar sus cuerpos en el vacío, los berrinches y la fascinación por artefactos como ventiladores los capturaban de la realidad.

Son faltos de atención, parecen sordos, hiperkinéticos, no respetan límites y muchas veces atentan contra su propia integridad. Y pese a todo lo descrito: **¡¡¡son inteligentes!!!**

Se trata de niños incomprensidos. Los papás no saben qué les pasa ni qué hacer. ¡Y no son los únicos! Les resulta imposible encontrar algo más que un diagnóstico, cuál es el origen, cómo tratarlos y qué pronóstico les espera. Los padres relatan:

- “Los médicos me dicen que no tiene nada... No sale nada en los estudios”
- “El pediatra nos dice—o dijo- que esperemos, es un problema de madurez”
- “Hizo tratamiento psicopedagógico y fonoaudiológico porque no hablaba y no aprendía”
- “No sabemos dónde llevarlo... No tenemos obra social y no hay nada gratuito”

Estos niños **no** son débiles mentales, aunque no puedan aprender al ritmo y modo de la escolaridad común. Y aunque su conducta esté alterada, **no** son maleducados ya que no son solo faltas de límites exteriores lo que demuestran; por lo tanto los castigos o las penitencias no siguen el camino del conflicto, del arrepentimiento. **No** son inmaduros, **ni** “vagos para hablar”; por eso no hay que esperarlos. **No** es un problema genético, si el genetista no encontró la alteración buscada, o el gen del lazo social... Esto no quita que todo avance en la investigación científica sea bienvenido; pero debemos recordar que los tiempos de la infancia son muy cortos, y resulta indispensable la intervención precoz adecuada para ayudar al niño.

Considero que lo más importante que puedo decirles sobre estos niños: por favor, **¡NO SE DEJEN ENGAÑAR!**

Lic. Graciela Cárdenas

Proyecto y Dirección, Dispositivo de Htal. De Día para niños “El Carretel”

Hospital Neuropsiquiátrico Esteves